

5. Jorge Hernández Martínez *

Elecciones y contradicciones en Estados Unidos: la contienda presidencial de 2020 y la llamada polarización político-ideológica

ABSTRACT

El ensayo analiza el carácter de las contradicciones políticas en los contextos electorales en los Estados Unidos con especial referencia a su manifestación en la contienda presidencial de 2020. Se critica el enfoque de la ciencia política y la sociología norteamericana que considera como polarizaciones a las diferenciaciones entre los principales partidos (Demócrata y Republicano) y corrientes ideológicas (liberal y conservadora). Se propone una visión teórica dialéctica, apoyada en el marxismo y el pensamiento crítico.

Palabras Clave: contradicciones, elecciones, polarización, diferenciación, Estados Unidos.

The essay analyzes the character of political contradictions in electoral contexts in the United States with special reference to their manifestation in the 2020 presidential race. The approach of political science and North American sociology is criticized, which considers the differentiations between the main parties (democrats and republicans) and ideological currents (liberals and conservatives). A theoretical and dialectical vision is proposed, supported by Marxism and critical thinking.

Keywords: contradictions, elections, polarization, differentiation, United States.

Como sucede en toda formación social capitalista, la norteamericana descansa en profundas contradicciones inherentes al modo de producción que constituye su fundamento material, que adquieren expresión en las condiciones histórico-concretas que sirven de marco a la relación capital/trabajo y a la estructura de explotación y dominación correspondiente, todo ello palpable en visibles antagonismos clasistas a lo largo de la historia. Sería esquemático, sin embargo, reducir la esencia contradictoria de esa sociedad a confrontaciones de clase, desconociendo o subestimando el amplio y multidimensional tejido de contradicciones que definen la estructura social de los Estados

* Historiador, sociólogo, politólogo, escritor e investigador cubano. Doctor en Historia. Director del

Unidos. Y no menos simplista resultaría desconocer el carácter clasista de aquellas antinomias que lo poseen.

En la literatura académica norteamericana, se aprecia que es bastante frecuente considerar por la ciencia política y la sociología a las contradicciones político-ideológicas como polarizaciones, sobre todo cuando se trata de los contrapuntos entre los partidos que conforman el modelo bipartidista (el Demócrata y el Republicano) y las corrientes ideológicas que suelen acompañarle (liberalismo y conservadurismo)¹. Pareciera que esa identificación no toma en cuenta lo apuntado, en el sentido de que tales partidos e ideologías comparten en términos básicos un mismo signo clasista, el de la burguesía monopólica, aún y cuando conlleven especificidades e incluyan variados componentes y referentes sociales y de clase. De ahí que sus contradicciones, más que constituir polarizaciones, reflejen diferenciaciones. En los Estados Unidos, la polarización, en sentido estricto, es la socioeconómica, la que tiene lugar entre capital y trabajo, entre riqueza y pobreza, como resultado de la explotación y dominación de clase. Y en el plano político, es la que se manifiesta en la pugna entre las clases dominantes, a través de los partidos mencionados y de sus posiciones gubernamentales (las de “arriba”), y los sectores clasistas desplazados del ejercicio del poder, marginados y discriminados (los de

“abajo”), representados mediante los espacios colectivos que encuentran en los movimientos sociales, en otros partidos o incluso, de manera limitada, dentro de las filas demócratas y republicanas.

Desde cualquier perspectiva que se comprenda a los partidos, la relación con el poder y la esencia clasista son rasgos definitorios. Lo mismo si se les enfoca como asociaciones políticas orientadas al acceso y la conservación del poder respondiendo a intereses de clase, mediante el proselitismo y la capitalización del voto en un sistema electoral, para mantener la democracia liberal burguesa y preservar las reglas del sistema; o si se les concibe como un instrumento de las clases y grupos sociales subalternos en su lucha por llegar al poder, con un fin opuesto, dirigido a cambiar las reglas y el sistema. Si la política se asume cual expresión concentrada de las relaciones económicas y de poder, en el sentido amplio de ambas nociones --a partir de las cuales se establece la distinción clasista y la antinomia entre dominación y sumisión en una formación social históricamente determinada--, y si la ideología se concibe como la concepción del mundo que corresponde a los grandes grupos humanos involucrados --acorde con el lugar que ocupan en la estructura socioeconómica, en tanto representación consciente de ello--, entonces no habría duda acerca de que el fundamento

¹ A reserva de que más adelante se tratará el asunto, conviene adelantar que, desde el punto de vista conceptual, la polarización se comprende convencionalmente en términos de la ubicación de posiciones en lugares contrapuestos, con una mirada podría decirse que geométrica, como la que separa geográficamente al polo Norte y al Sur, o con la visión

de bipolaridad geopolítica vigente durante la Guerra Fría, entre capitalismo y socialismo, o entre Este y Oeste. Esa noción lleva consigo la absolutización del contrapunto implicado, considerado antagónico, de modo que no describe con objetividad la naturaleza de la contradicción entre partidos e ideologías como los mencionados, cuyo fondo clasista es común.

de las contradicciones político-ideológicas es de índole clasista.

Sobre la base de lo expuesto, por tanto, no debe obviarse ese atributo como referencia epistemológica explícita en el abordaje teórico de las diferenciaciones políticas e ideológicas, que coexisten dentro de la totalidad social de un sistema en el que no sólo no son incompatibles, sino que se complementan y reproducen el consenso que requiere la dominación capitalista.

Clases sociales, polarizaciones y diferenciaciones

Desde la Revolución de Independencia conducente a la formación de la nación, contrapuntos de diferente naturaleza (económicos, sociales, étnicos, ideológicos), hasta la Guerra Civil, confluyen en la articulación compleja del nuevo Estado-nacional. Entre ellos, resulta decisivo el dinamismo de factores subjetivos como los concernientes a la conciencia nacional, la identidad, las percepciones y sentimientos de superioridad racial y religiosa que acompañan al proceso de expansión continental y al desarrollo industrial --basado fundamentalmente en los imperativos del capital--, que implican el despojo de territorios de los pueblos originarios, el genocidio de éstos, la implantación de la esclavitud y la guerra de secesión. El conflicto entre las trece colonias y el poder colonial británico, como tampoco entre el Norte y el Sur no se define sólo por el choque económico, asociado en el primer caso a las exigencias de una revolución de liberación nacional con ingredientes democrático-

burgueses, y en el segundo, a demandas también productivo-tecnológicas, entre intereses clasistas de la burguesía industrial, urbana y proteccionista nortea, y su contrapartida esclavista, rural y librecambista sureña. Ello expresaba las necesidades históricas del desarrollo capitalista --que ciertamente era el eje económico de ambos procesos--, pero se trataba de un cambio más complejo, de despliegue cultural en el sentido más amplio, que conllevaba una fuerte contradicción entre modos de vida, representaciones del mundo, valores, convicciones, prejuicios.

Las contradicciones en el campo político e ideológico tienen como trasfondo, siguiendo esa línea de análisis, intereses clasistas, que con frecuencia no se ponen de manifiesto con claridad e inmediatez y permanecen en la sombra, dificultándose su visibilidad en el diversificado entramado de múltiples relaciones que rodean a las estructuras de poder en los Estados Unidos. Quizás por eso mismo, su permanente presencia en la cotidianidad de los procesos que tienen lugar en dicho campo, no sea percibida como mereciera, en virtud de su significado, con la debida constancia, y sea acaparada como objeto de atención, de manera cíclica, en coyunturas periódicas, como las de las elecciones presidenciales, que tienen lugar cada cuatro años.

En tales momentos, las confrontaciones que afloran --desde las promesas y consignas de la campaña electoral, durante las primarias, las convenciones partidistas y los debates televisivos, junto a las opciones que ofrecen demócratas y republicanos, y los enfoques de liberales y conservadores, hasta el día de los

comicios nacionales, con la consiguiente cobertura propagandística--, suelen considerarse como regla por la ciencia política y la sociología norteamericana como polarizaciones políticas e ideológicas. A reserva de que más adelante se profundizará al respecto, conviene precisar desde ahora que esa perspectiva describe, atendiendo a posicionamientos espaciales, comportamientos y actitudes en la indagación empírica, no alcanza a explicar e interpretar teóricamente la complejidad de los procesos implicados, al concebir como polarizaciones lo que, en rigor, son diferenciaciones. En la sociedad norteamericana la polarización real y esencial tiene lugar en la esfera socioeconómica, como una relación antagónica entre ricos y pobres, definida por la explotación y dominación capitalista (Hernández Martínez, 2020). Ella se expresa tal cual en la esfera política a través del conflicto entre los movimientos sociales que responden a minorías marginadas de las estructuras de poder y discriminadas, de un lado, y los exponentes partidistas de las clases dominantes, sobre todo cuando se hallan en el gobierno. En los Estados Unidos, tanto los dos partidos principales como las dos corrientes ideológicas que le acompañan, comparten una esencia clasista, diferenciándose en sus proyecciones, más no en términos de relaciones polarizadas.

En un sentido convencional, la polarización es entendida como proceso de estructuración de un sistema en torno a puntos extremos de su geometría. Desde este punto de vista, ya anticipado, se advierte en buena parte de la literatura especializada en sociología y ciencias políticas que la afiliación al partido demócrata o al republicano, palpable en el

respaldo electoral a uno u otro candidato a la presidencia, junto a la orientación ideológica liberal o conservadora de los ciudadanos, apreciable en el apoyo o rechazo a medidas relacionadas con cuestiones como la migración, el homosexualismo, el presupuesto para la defensa y la política exterior, entre otros, se abordan y presentan, con frecuencia, como comportamientos que expresan polarizaciones, cuando en realidad se trata sólo de posicionamientos diferentes o de distanciamientos, más no de polos enfrentados, como si fijasen límites o fuesen posiciones extremas, incompatibles, dentro de un espectro o eje ideológico y programático (Duclos, Esteban y Ray, 2004; Esteban y Schneider, 2008; Esteban y Ray, 2011). En este sentido, resulta contrastante y útil un examen del concepto de polarización, que reconoce su relación con la concepción materialista de la historia: “Marx, quizá el primer economista que abordó la noción de polarización y su relación con el conflicto social, destacó la existencia de dos grupos bien definidos y enfrentados en un conflicto social: trabajadores y capitalistas. No obstante, la falta de una teoría de la polarización pospuso al análisis sistemático de este fenómeno hasta hace poco. En las ciencias sociales, la noción de polarización se ha abordado en forma difusa y sin una clara comprensión de los canales a través de los cuales afecta la probabilidad de que aparezcan conflictos sociales” (Cárdenas, 2011: 254).

El enfoque de la polarización puede constituir una esquematización engañosa del espectro político-ideológico norteamericano. El concepto se refiere a la ubicación en lugares contrapuestos, con una concepción podría

decirse que geométrica, como la que separa desde el punto de vista geográfico al polo Norte y al Sur, o en términos de la bipolaridad geopolítica vigente durante la Guerra Fría, entre capitalismo y socialismo, o entre Este y Oeste. La polarización lleva consigo contraposiciones recíprocas bilaterales. A partir del trasfondo clasista común que distingue a los partidos e ideología mencionados, con una mirada dialéctica, puede afirmarse que las contradicciones más a un proceso de diferenciación entre el partido demócrata y el republicano, o entre el pensamiento liberal y el conservador, que a una polarización.

Quizás convenga comentar, siquiera brevemente, algunos acontecimientos que ilustran la significación de la precisión realizada, acerca de contradicciones que se han manifestado en procesos electorales justamente como diferenciaciones político-ideológicas en la historia norteamericana reciente, sin que constituyesen polarizaciones. Así, por ejemplo, en la contienda presidencial de 1992 --junto a la derrota republicana de George H. Bush y la victoria demócrata de William Clinton, que dejaron claras las preferencias electorales--, llamó la atención un singular fenómeno, que con cierto impacto dividió el voto popular y mostró que el bipartidismo no encontraba una receptividad unánime en ese país. La súbita aparición de un millonario conservador sin partido, llamado Ross Perot, fraccionó la base electoral de derecha que apoyaba a Bush, y aunque no ganó un solo voto del Colegio electoral, ello favoreció que el Partido Demócrata --que había sido derrotado en los tres comicios anteriores-- ganara las elecciones. En los Estados Unidos,

si bien ni los candidatos independientes ni los llamados terceros partidos carecen de posibilidades reales para competir en tales procesos, dados los límites que fija el sistema bipartidista, su accionar refleja, junto a una marcada tendencia abstencionista bastante recurrente, un grado no despreciable de divergencias ante momentos tan relevantes como los de la elección presidencial. Las divisiones provocadas por ese episodio entre segmentos partidistas con un soporte clasista común, aunque no idéntico (el de la burguesía monopolista), implicaban diferenciaciones, no polarizaciones.

Otro punto de referencia significativo se ubica en la contienda electoral de 2000, cuando la envergadura de las contradicciones que afloran en medio de un prolongado, irregular y fraudulento proceso, con una presunta victoria de Al Gore, impiden la elección del presidente a través del mecanismo establecido y conduce a su designación por el Poder Judicial. Con posterioridad, las diferencias políticas en el seno de esa sociedad se expresan con elocuencia renovada, con mayor o menor profundidad, durante el desempeño del allí “elegido”, George W. Bush, que implicó enconados posicionamientos a favor y en contra de su cuestionado liderazgo. También, de otro modo, las contradicciones se pondrían de relieve en los comicios de 2008, cuando los Estados Unidos se agitan ante las alternativas de que un hombre de piel negra o una mujer arribasen a la presidencia, y luego, cuando bajo el mandato de Barack Obama, se reavivan el nativismo y el racismo, articulándose un amplio arco de rechazos y adhesiones. Obama era el candidato del Partido Demócrata, uno de los dos del

sistema, es decir, un exponente de un determinado sector de la burguesía monopólica estadounidense. No era una voz del movimiento negro, discriminado, oprimido, como lo fueron las de Malcolm X o Martin Luther King. Las contradicciones con los republicanos no articulaban una polarización, eran sólo una diferenciación.

No obstante, tal vez sería en las coyunturas de 2016 y 2020, en las que los contrapuntos generarían la mayor intensidad. Desde el inicio de ambas campañas presidenciales, hasta sus resultados, se pondrían de manifiesto intensos debates que cuestionaban las bases del sistema político. Además de reiterarse la presencia femenina, con Clinton, el espacio que alcanzaban tempranamente como precandidatos figuras que representaban tendencias no tradicionales, como las de Bernie Sanders y Donald Trump, al encarnar opciones cuyo radicalismo --reformista o socialdemócrata, en el primer caso, y de extrema derecha, en el segundo-- parecía no encajar en los cauces habituales de la ideología liberal y conservadora, fragmentando la unidad partidista al interior de las filas demócratas y republicanas. Se abría, así, la discusión acerca de la crisis de un sistema que posibilitaba en 2016 la elección de un presidente que atentase contra su propio diseño --calificándosele incluso como “antisistema” o “rueda suelta” en el engranaje electoral--, y viabilizaba en 2020 una inusitada reacción de resistencia a abandonar el cargo, cuestionando los resultados y argumentando razones que ponían en entredicho la legitimidad de dicho sistema. La significación de esto último, como ilustración de las contradicciones en que se desenvuelve le

realidad estadounidense, sería difícil de sobrevalorar. Terminado el período de transición, en la antesala de la toma de posesión de Joe Biden, el presidente Trump, aún en funciones, se proyectaba hasta el último momento de modo recalcitrante contra los principios y resortes del mismo sistema que le había elegido. De nuevo, se trataba más de una diferenciación político-ideológica que de una polarización.

En ocasiones anteriores se habían producido en ese país situaciones emparentadas con semejantes discusiones, crisis y contradicciones. El escándalo Watergate había colocado en los años de 1970 la crisis de confianza y de legitimidad en el centro de la sociedad norteamericana, en un contexto más amplio de diversas conmociones, propiciando inclusive la inusual renuncia de un presidente, al anticiparse Richard Nixon a las decisiones del juicio político que le había emplazado. En el decenio de 1980, la victoria de Ronald Reagan despertaba un trascendente debate sobre lo que se consideró como el insólito alcance de un movimiento conservador, con capacidad de convocatoria nacional, entendido cual suceso revolucionario que alteraba el *mainstream* convencional y apartaba a la nación de su patrón liberal. Más allá de que esa interpretación descuidara aspectos fundamentales en la trayectoria histórica real de los Estados Unidos y alimentara una visión mítica, lo cierto es que, junto al estremecimiento de Watergate, aporta antecedentes como escenario relacionado con el cuestionamiento de la dinámica política tradicional norteamericana, que refleja la existencia de hondas fisuras y claras contradicciones. Y si bien las ejemplificaciones con situaciones y

momentos específicos se refieren a entornos electorales, dado que en éstos son muy visibles las tensiones político-ideológicas -- que motivan estas reflexiones--, es necesario que el análisis avance más allá de los mismos, proyectándose hacia las contradicciones que se advierten en el desenvolvimiento más bien cotidiano de esa sociedad. No se trata de polarizaciones, cual rivalidades antagónicas, incompatibles, sino de diferenciaciones que armonizan dentro de las reglas del sistema.

En resumen, de alguna manera, tales contradicciones se afirman hoy, al concluir la década de 2020. Este reconocimiento es un lugar común en los estudios actuales sobre los Estados Unidos. No sucede así, sin embargo, respecto a la definición del carácter clasista de las contradicciones implicadas --a veces ignorado o subestimado--, a pesar de que, en una formación capitalista, como la existente en ese país, podría parecer obvio, en tanto expresión social de la subyacente contradicción económica capital/trabajo, que define a todo el conjunto de relaciones de producción (Hernández Martínez, 2020c).

A esta perspectiva --la de la concepción materialista de la historia, que atiende al decisivo dinamismo de dichas relaciones y los condicionamientos de clase en el sistema de explotación y dominación del capitalismo--, se adscribe el presente trabajo, que no pretende aludir a todos los factores involucrados ontológicamente en el asunto, ni tampoco agotar desde el punto de vista noseológico el examen de la extensa bibliografía sobre ello, o proponer un acabado enfoque novedoso. Sólo se formulan algunas ideas, desde la reflexión teórica, con el ánimo de resaltar la vigencia del tema, compartiendo la certeza de que

conceptos como el de clase social, que parecería que hubieran perdido actualidad, volverán a ganar fuerza en los estudios de las ciencias sociales y con un nuevo nivel de complejidad.

El consenso y la llamada polarización político-ideológica

Cuando se lee acerca de la realidad estructural e histórica de esa sociedad, es frecuente tropezar con visiones encontradas acerca de sus diferenciaciones político-ideológicas internas. Unas la caracterizan a partir de un elevado nivel de consenso, minimizando las dimensiones de conflicto, resaltando su capacidad para superar desequilibrios puntuales e incluso estremecedoras crisis -- dado el soporte histórico de principios y valores compartidos que sostienen la nación desde su surgimiento, concernientes a la forma de gobierno, régimen político y acuerdos económicos básicos, aceptados mayoritariamente por las diversas clases, grupos y capas sociales, definitorios de un cuerpo cultural sumamente aquiescente, conocido como "credo" norteamericano--, con la ausencia de proyectos alternativos, radicales y viables, orientados al cambio del sistema capitalista, vigente allí (Myrdal, 1972 y Huntington, 1981). Otras identifican contradicciones tan marcadas que las perciben, según ya se ha señalado, en términos de una polarización, entendida cual relación entre polos situados en extremos opuestos del espectro político o del universo ideológico norteamericano. En este sentido, se suele considerar el contrapunto entre los dos partidos políticos principales (Demócrata

y Republicano) y entre las dos vertientes ideológicas sobresalientes (liberalismo y conservadurismo) como una polarización. Junto a ello, no es menos frecuente calificar a dichas corrientes con expresiones respectivas de una derecha y una izquierda política.

En realidad, el consenso y las contradicciones conviven, conformando una nítida expresión dialéctica de unidad en lo diverso a lo largo y ancho de la sociedad norteamericana, signada desde su surgimiento por un proceso de desarrollo capitalista en condiciones históricas particulares, cuyas relaciones de producción establecen un marco de explotación y dominación que da lugar a la estructura social y de clases que, entre continuidades y cambios, existe en el presente.

Las interpretaciones aludidas responden a enfoques prevaletentes en las sociales norteamericanas que intentan dar cuenta de situaciones reales, si bien lo hacen con unilateralidad. Así, se registra el calado de un positivismo renovado, que argumenta hoy, como ayer, una visión de orden y progreso, que coloca el consenso como base de la legitimidad de la sociedad capitalista, alimentando las teorías de la estratificación, que reemplazan la noción de clase por la de estrato, en una analogía geológica. Y a la vez, se advierte la mirada del estructural-funcionalismo, con una no menos persistente imagen de la sociedad estadounidense como modelo de integración y con vasos comunicantes con las teorías del conflicto social, que perciben a éste como una disfuncionalidad necesaria para el reequilibrio y mantenimiento del sistema. Ella

tributa a la sustitución de las contradicciones económicas reales, intrínsecas del capitalismo y de la lucha de clases como procesos esenciales de un sistema basado en antagonismos, utilizando criterios psicosociales que adicionan nutrientes a la mencionada legitimidad (Mills, 2010; Gouldner, 1970; Marsal, 1977). En ambas miradas faltan, cuando menos, tres claves analíticas: (i) el punto de vista histórico y materialista que explica el consenso --o si se prefiere, el *mainstream*-- como resultado de la capacidad de manipulación, seducción, cooptación y control de la ideología dominante a través de los aparatos del Estado y de la sociedad civil que responden a los intereses clasistas que detentan el poder; y articulando, así, una relación compleja, entre ideología y política, como parte de un sistema de dominación múltiple; (ii) el reconocimiento dialéctico de la naturaleza antagónica de las contradicciones en juego, que no son reductibles a una disfuncionalidad, solucionable dentro del sistema; las mismas sólo se resuelven con la ruptura de éste a través de un proceso de cambio -- que puede ser prolongado, no lineal ni con efectos inmediatos, con muchas mediaciones--, de la dimensión explotadora dominante de las relaciones sociales establecidas; y (iii) la perspectiva holística o la visión de conjunto que enlace los fenómenos examinados --en su movimiento y desarrollo--, con la totalidad de la que forman parte; con ello se comprenderían los procesos antes mencionados y las interrelaciones de las esferas económica, política e ideológica, esclareciendo los cambios operados tanto la base como la superestructura de la formación económico-social capitalista.

Si bien la identificación de las diferenciaciones como polarizaciones y las ubicaciones a la izquierda y a la derecha en el espectro político-partidista e ideológico, según el lenguaje utilizado por esas visiones dentro de la sociedad norteamericana, facilitan el análisis empírico de las relaciones implicadas y propician una cierta comprensión, ágil y gráfica, de contradicciones de gran complejidad, lo hacen simplificando su esencia, y en esa medida, pueden resultar, si no se matizan, imprecisas o hasta engañosas. No reflejan su naturaleza clasista, sobredimensionando en unos casos su connotación partidista conflictual y desvirtuando en otros su significado político-ideológico. La noción acompañante, de conflicto, elude la mención, no ya la utilización, de un concepto como el de lucha de clases, como proceso esencial que dese luego no agota, pero sí organiza, las contradicciones principales en una formación social capitalista. De ahí que no resulte trivial pensar en la revisión de tal marco teórico.

Según se les entiende de la manera más compartida y generalizada, dejando a un lado definiciones académicas precisas, el consenso supone un acuerdo social más o menos predominante, y la polarización consiste en un proceso que organiza a un sistema alrededor de puntos o polos situados en posiciones extremas del mismo, con respecto

a preferencias y posturas políticas que se adopten ante figuras, élites, partidos, colectividades, situaciones. Se toma como referencia, justamente, un eje que cuenta con dos polos o puntos extremos, definidos en términos partidistas o ideológicos, o sea: republicanos y demócratas, o conservadores y liberales².

En cuanto a la polarización, si bien en la actualidad y en el caso específico estadounidense han ganado presencia los enfoques sobre ello, su utilización se registra desde la segunda mitad del pasado siglo, sobre todo en sus últimas décadas, en los estudios más amplios sobre la dinámica política e ideológica de los países capitalistas desarrollados y subdesarrollados en contextos electorales, al calor del auge mundial del neoliberalismo.

Como término, la polarización se refiere al proceso por el cual se establecen características que determinan la aparición en un conjunto de dos o más zonas extremas --los polos, que se consideran opuestos respecto a una cierta propiedad, definiendo al conjunto en un estado llamado polarizado--, de modo que puede emplearse como sinónimo válido, según el contexto, del de división, fragmentación o conflicto. En este sentido, su uso es válido, a la hora de distinguir determinados procesos políticos e ideológicos en ámbitos como los de las

² En la definición de consenso --tema larga y ampliamente tratado por las ciencias sociales norteamericanas-- se aprecia un lugar común y bastante convencional en los enfoques sociológicos y politológicos especializados. Acerca de la polarización, en cambio, se registra una diversidad de miradas, que distingue diferentes tipos de polarización. Sobre lo primero, véase el análisis conceptual que presenta Jorge Hernández Martínez: “Hegemonía, legitimidad y

consenso en los Estados Unidos”, en *Revista Cubana de Ciencias Sociales*, No. 38-39, octubre 2007-septiembre 2008, Instituto de Filosofía-CITMA, La Habana, 2008. Sobre lo segundo véase el recorrido que sobre dichas miradas realiza Ernesto Domínguez López: “La polarización política durante la Administración Obama”, en revista *Universidad de La Habana*, No. 287.enero-junio, La Habana, 2019.

tendencias de la opinión pública en relación con la preferencia por un partido, una figura, un programa o proyecto, en la esfera política, y asociado a partidos e ideologías, así como procesos socioeconómicos como las desigualdades extremas en los niveles de riqueza y pobreza. En el caso de los Estados Unidos, un ejemplo de la manera típica en que se le emplea es la que señalan unos de sus exponentes conocidos, Poole y Rosenthal, al explicar que encontraron “desde comienzos de la década de 1960 hasta mediados de la década de 1970, que la política estadounidense se había vuelto mucho más polarizada” y que “los demócratas resguardaban posiciones cada vez más liberales, y los republicanos apoyaban aquellas de tinte claramente conservador” (Poole, 2008: 4)

Para ir más allá en el análisis de las identificaciones examinadas. Válidas a nivel empírico, el concepto de clase social es imprescindible en el plano teórico para comprender fenómenos como las desigualdades socioeconómicas, las concentraciones de riqueza y pobreza, las antinomias entre dominación y subordinación, explotación y sometimiento, que acompañan al ejercicio del poder. Como sucede con otros conceptos, sus definiciones son diversas, atendiendo a la concepción del mundo e intereses prácticos de quienes lo problematizan en el campo teórico, a partir de lo cual se le adjudica una funcionalidad dentro de un sistema de pensamiento (Carrión, 2011). De ahí la importancia de precisar la posición a la que se acoja toda indagación en los estudios sobre procesos políticos. La utilización u omisión del concepto de clase conlleva la perspectiva epistemológica desde

la que se asume tal decisión, y aquella con la que se le aborda, de ser el caso. En la historia del pensamiento social, como se conoce, las dos grandes matrices teóricas que se ocuparon del asunto, atendiendo a imperativos ideológicos contrapuestos y que aún disputan con trascendencia el espacio intelectual y científico, son las de Carlos Marx y Max Weber, aunque no han sido las únicas, pero sí han sido la fuente original desde donde derivaron otras (Sautu, 2012). Según es conocido, las ideas del primero, a las que se adscribe este trabajo, argumentan el papel decisivo de la propiedad y la producción, y el segundo, el de las oportunidades respecto al mercado y el consumo.

En el análisis de las contradicciones del capitalismo actual, las perspectivas aportadas en la teoría clásica por ambos autores han fertilizado las interpretaciones sobre la connotación clasista de las diferenciaciones sociales y económicas en la teoría contemporánea, tanto en el pensamiento marxista como en el no marxista, distinguiéndose sobre todo la recreación respectiva realizada por el sociólogo estadounidense Erik Olin Wright, considerado neomarxista, y el inglés Frank Parkin, valorado como neoweberiano. En sus principales obras establecen un diálogo acucioso con una amplia gama de concepciones, presentan clasificaciones y exponen sus propios puntos de vista, constituyendo ello una útil herramienta cognoscitiva (Wright, 1983 y 1992 y Parkin, 1978 y 1984).

En el pensamiento crítico, se ha retomado la perspectiva general de clase iniciada por Marx, Engels y Lenin, proseguida por Gramsci,

Benjamin y otros, a través de autores como Samir Amin, Howard Zinn, David Harvey, Atilio Borón, James Petras, William Robinson, que prestan atención específica a la realidad estadounidense. Carlos Vilas ha resumido los altibajos que han tenido el uso y abandono de la mirada marxista, al advertir que ante la ofensiva ideológica y teórica neoliberal se había producido “un relativo retroceso de la capacidad heurística del concepto de clases” (Vilas, 1996: 96), y al señalar que “la crítica al concepto marxista de clases sociales y a su papel hermenéutico en las relaciones sociales y en los procesos políticos es casi tan vieja como su misma formulación --aunque no se haya atendido suficientemente su constatación--, pero en años recientes ha sido desarrollada en el ámbito académico por dos perspectivas principales: el marxismo analítico y los enfoques “postmodernos”, incluida en éstos la variante “postmarxista” (Vilas, 1995: 12).

Contradicciones y elecciones

En la historia de Estados Unidos se registran importantes antítesis socioeconómicas, expresivas de la contradicción capital/trabajo, que se manifiestan también en términos sociopolíticos a través de la confrontación dominación/sumisión, en los marcos de una formación social capitalista. En la base de tales antítesis se hallan relaciones clasistas, asociadas a la lucha por el control sobre territorios y recursos diversos, que se traducen en auténticas polarizaciones, entendidas éstas a partir de conflictos antagónicos, incompatibles, entre sujetos sociales que desde un punto de vista

dialéctico se presuponen y excluyen mutuamente, como parte de las necesidades históricas del desarrollo del capitalismo norteamericano. Quizás las más notorias sean (i) las que dieron lugar a la formación de la nación, a través de la Revolución de Independencia, al liberarse las trece colonias del yugo impuesto por la Corona británica; (ii) las que se materializaron en el despojo y genocidio de los pueblos originarios mediante la expansión continental; y (iii) aquellas contradicciones inherentes al desarrollo del modo de producción capitalista --entre la burguesía industrial, urbana y proteccionista norteaña, y su contrapartida esclavista, rural y librecambista sureña--, conducentes a la Guerra Civil.

Las contradicciones articuladas en torno a la dominación se han manifestado cual polarizaciones socioeconómicas en diferentes momentos de la historia norteamericana en los que se han hecho visibles los contrastes entre riqueza y pobreza, entre niveles y calidades de vida diferentes, así como en otros, en los que los conflictos sociopolíticos generados por la rivalidad de clase, han situado en extremos opuestos a explotadores y explotados, poseedores y desposeídos. Junto al sometimiento y control material, las clases dominantes imponen una dominación espiritual, conformando un tejido cultural, simbólico, que refuerza el poder político del Estado capitalista a través de la discriminación racial y religiosa en una sociedad marcada por la supremacía blanca y protestante de origen anglosajón, que se manifiesta ideológicamente en reacciones de xenofobia e intolerancia ante lo diferente, lo cual es considerado como amenazante, en el plano cultural y político, a la identidad y la

seguridad nacional. El surgimiento del Ku-Klux-Klan, como ejemplo específico de una organización que nace al terminar la Guerra de Secesión, en el marco del auge del capitalismo premonopolista en el siglo XIX, que reaparece en el período de tránsito al imperialismo, ilustra ese proceso, en el siglo XX, junto a casos como el que lleva a la ejecución de Sacco y Vanzetti en un entorno tan represivo como el que se repite, en otras circunstancias históricas, en la de los Rosenberg. En ambos casos, como sucedería en el siglo XXI --con la demonización de inmigrantes y musulmanes, unido a la de procesos y líderes revolucionarios en otros países--, la construcción simbólica de percepciones de amenaza a la nación ha sido un funcional recurso, basado en los intereses del capitalismo norteamericano, en su etapa contemporánea.

Es decir, se trata de manifestaciones de la dominación múltiple imperialista, en los empeños de la burguesía por imponer las relaciones de poder dentro de los Estados Unidos, al colocar en sitios extremos e irreconciliables del espectro político-ideológico a sujetos sociales definidos, directa o indirectamente, por la lógica del sistema y sus soportes clasistas. Ello les confiere a las contradicciones implicadas --como las que caracterizan al conflicto entre el gobierno y las organizaciones de minorías raciales o étnicas--, una impronta de antagonismo e incompatibilidad que permite considerarlas como auténticas polarizaciones, dado que se insertan en el proceso más amplio de la lucha de clases. Una clara ejemplificación gráfica de situaciones como las descritas son los que acontecen entre la segunda mitad del decenio de 1960 y las postrimerías del de 1970,

visibles en la agitación de los movimientos sociales y las conmociones que estremecen la política interna,- a partir de reclamos por la igualdad de derechos civiles, contra la aguda discriminación racial y contra la guerra en Vietnam, con gran presencia en la cultura y la prensa, mediante protestas y manifestaciones públicas masivas, cuya resonancia desborda el ámbito propiamente social y adquiere una envergadura política. En ese marco, la campaña presidencial republicana de Richard Nixon acudió, con éxito, a una frase que cincuenta años después hizo suya Trump, al presentarse como el candidato que garantizaría “la ley y el orden”, ante un cuadro caótico. Tal conflictividad no respondía, en rigor, a un escenario de lucha de clases, pero de alguna manera sus ramificaciones y expresiones se amalgamaban con contradicciones de esa naturaleza. De ahí que referirse a tal coyuntura en términos de una sociedad polarizada, o calificar dichas tensiones, entre sociedad civil y Estado, como polarizaciones, reflejaría adecuadamente la profundidad de un conflicto entre posiciones extremas, como polos antagónicos de un espectro sociopolítico.

De lo señalado, las contradicciones que determinaron la Independencia, la Guerra Civil y la culminación de la expansión territorial, provocaron transformaciones cualitativas de relieve en el sistema --con implicaciones para la redefinición del consenso nacional, que estructurado a partir de un conjunto de ideas, principios y valores que la historiografía ha identificado como el “credo norteamericano”--, contribuirían, en el plano de la superestructura política y de la ideología, a reproducir culturalmente las relaciones de dominación.

La visión universalizada de los Estados Unidos se define a menudo a través de estereotipos difundidos en el imaginario popular, como los de la Tierra Prometida, o de los que le representan cual emblema de la democracia o nación indispensable, como una sociedad con un alto grado de consenso, que convive con profundas divisiones, lo cual podría parecer paradójico, si no se comparte el principio dialéctico de unidad en la diferencia (Hernández Martínez, 2020b). Esa imagen se haría más aguda en la contienda electoral de 2020, en la cual se evidenciaron situaciones y tendencias sumamente contrapuestas. El elevado nivel de conflicto, partidista e ideológico, que muestra la escena política y que atraviesa entonces a toda la sociedad estadounidense, con características inéditas que no le hacen comparable, a causa de su diferente naturaleza, con las conmociones en los años de 1960 y 1970, que resquebrajaron el consenso, propicia un vigoroso estremecimiento que sacude a toda la sociedad, dentro y fuera de los partidos, conformando un arco de crisis de legitimidad.

La intensidad del activismo de los movimientos sociales y de la ofensiva contracultural fueron tales en esos decenios que, en el de 1960, le situó en la historia como símbolo de las protestas gestadas en la sociedad civil desde la izquierda, incluyendo la amplia acción por la igualdad de derechos, la participación del movimiento negro y de otros, como el feminista, el pacifista, el de los latinos, el juvenil, el homosexual, la movilización de los *hippies*, mostrando todo ello la capacidad de estremecer al *establishment* y agrietar el consenso. Y en el de 1970, la repercusión de las manifestaciones ante la crisis múltiple --económica, moral, de

legitimidad, de hegemonía--, desplegada a raíz de la recesión, el escándalo Watergate, la derrota en Vietnam y los reveses internacionales, alteró el curso del llamado *mainstream*. El impacto de esas reacciones fue palpable en el desplazamiento de la tradición política liberal y el auge sin precedentes de la espiral conservadora. En la década de 1970, como resultado de contradicciones objetivas y subjetivas acumuladas, cristalizó una red de fuerzas de derecha que capitalizó el malestar de la sociedad, promoviendo un movimiento en favor del cambio, que agrietó y reformuló el consenso existente: el que desde el período de 1930 había encarnado el proyecto nacional y la coalición del *New Deal*, que promovió Franklin D. Roosevelt, y se mantuvo como eje consensual dentro del cual fueron resueltos disímiles conflictos durante más de cuatro decenios.

Así, desde que con la Revolución Conservadora se estableció, a partir de la victoria electoral de Reagan, un proyecto de nación sustitutivo, conducente a un reajuste del consenso, los Estados Unidos han navegado, de cierto modo, como a la deriva, en el sentido de que el esperado y necesitado reacomodo diera lugar a un proyecto verdaderamente alternativo, lo cual parecía que iba a ocurrir en las elecciones que llevaron a Clinton en 1992 y a Obama en 2008 a la presidencia, en medio de grandes expectativas. Ninguno de los dos, en sus dobles mandatos demócratas, redefinió el proyecto nacional. Desde entonces, la sociedad norteamericana se halla envuelta en un proceso inconcluso de transición, cuyas contradicciones sucesivas encuentran solución dentro del marco de un consenso que, desde el punto de vista político-

ideológico, retroalimenta y reproduce la cultura dominante y alarga la vida del sistema, cuya economía se desenvuelve entre naufragios y salidas a flote, como parte de la crisis capitalista, estructural y cíclica, restableciéndose, por encima de las conflictividades, una relación más o menos armoniosa entre el Estado y la sociedad civil. Con cada elección presidencial, resurgen expectativas de cambio, amontonándose entre un período de gobierno y el siguiente, contradicciones de diversa naturaleza, pero el sistema muestra capacidad para absorber y neutralizar, una y otra vez, sus efectos. Esa es la secuencia que, a muy grandes rasgos, caracteriza a la lógica del imperialismo en los Estados Unidos, cuyas estructuras y mecanismos de dominación preservan y reproducen el consenso, y con ello, el sistema. Los procesos electorales operan como pieza clave en esa preservación y reproducción. En ellos se enfrentan proyectos diferentes, pero su contraposición es relativa. Por definición, no apuntan a quebrar, a transformar el sistema, procuran mantener su equilibrio. En esa medida, aceptar que la pugna partidista e ideológica implicadas polariza al sistema, sería una sobrestimación de las contradicciones.

La contienda de 2020

En el presente, transcurridos los primeros veinte años del siglo XXI, la sociedad norteamericana entra en una nueva década en un entorno de profundización de la crisis capitalista, palpable en un grueso rango de tropiezos, que incluyen los problemas económicos, en particular al desempleo, los

daños provocados por la pandemia de la COVID-19, en una atmósfera de incertidumbre, debilitamiento de los partidos, descrédito de sus líderes y personalización del debate entre los candidatos a la presidencia, que no ofrecen reales opciones como proyectos futuros de nación. El disgusto y el desaliento ante la gestión de Trump, en condiciones en las que se reavivaron las movilizaciones contra el racismo y la violencia policial, propiciaron el descenso de su popularidad y el rechazo a su figura, al mismo tiempo que se fortalecería el apoyo a Joe Biden como candidato demócrata a la presidencia --de avanzada edad, sin dotes carismáticas y sin una agenda novedosa cautivante, beneficiado por el apadrinamiento de Obama, con una estrategia que pudo sumar a las minorías, captar al movimiento femenino, obrero, negro, latino, juvenil--, con la esperanza ciudadana de que sería mejor su victoria que la reelección del presidente. No obstante, si bien Biden obtuvo la victoria electoral, con la mayoría de la votación popular y del Colegio Electoral, no se produjo el esperado “tsunami azul” o el resonante triunfo demócrata, como tampoco la vaticinada aplastante derrota republicana, apreciándose un considerable apoyo a Trump, con más de 70 millones de voto a su favor, y numerosas reacciones de respaldo público por parte de organizaciones de extrema derecha y grupos de odio, que comparten su discurso nacionalista chauvinista, machista, patrioter y xenófobo, entre los sectores de población blanca adulta, protestante, de áreas semiurbanas y rurales, a quienes Trump calificó como “los olvidados” en 2016, afectados por las políticas de libre comercio y resentidos con Obama, con

posturas nativistas, populistas y racistas (Hernández Martínez, 2020a).

El contexto electoral de 2020 fue muy contradictorio. En términos descriptivos, cabría decir que estaba muy polarizado, pero ello diría muy poco en términos de interpretación. En las convenciones nacionales de ambos partidos, quedó claro que la esencia clasista de los Estados Unidos se manifiesta en la proyección elitista de demócratas y republicanos, cuyas diferencias más que expresar polarizaciones, reflejan maneras diferentes de llegar al gobierno y ejercer el poder, en tanto estructuras que responden, según se ha señalado, a una misma clase, la burguesía monopólica y su oligarquía financiera, aún y cuando contengan sectores con intereses y atributos diferenciados, por razones económicas, políticas y geográficas, pero compartiendo un imaginario consensual, basado en el federalismo, la división de poderes, el bipartidismo y los valores fundacionales que definen la identidad estadounidense (Hernández Martínez, 2020a). Los demócratas actuaron más bien a la defensiva, criticando a Trump, exponiendo una agenda que superase sus descalabros y ofreciera confianza, credibilidad y justicia. Los republicanos satanizaron a Biden y su partido, se apoyaron en la cultura del miedo, desconocieron la crítica realidad del país y presentaron a Trump como la salvación nacional. El objetivo era diáfano: tratar de mantenerse, como partido, en la Casa Blanca. Incluso, las propuestas que pudieran considerarse como las más radicales de los demócratas, apenas eran amagos de reformas en los márgenes del sistema, que aún de

materializarse, dejarían intactas su esencia y sus bases.

En los Estados Unidos existe desgaste de la tradición política liberal, sin que se descarte, aunque sea bastante improbable, su eventual rearticulación, en una sociedad que es cada vez más conservadora, incluso con nichos ideológicos fascistas. Desde su nacimiento como nación, ya se ha señalado, en los Estados Unidos se afirman ambas tendencias, conformando una unidad en el sentido dialéctico, es decir, definida mediante procesos contradictorios que expresan su identidad y diferencia. Queda claro que ellas difieren, en ocasiones, con mucha fuerza, en los criterios y métodos acerca de la dominación y el control de la sociedad, pero sobre la base de un sistema capitalista, que ambas tendencias defienden y promueven. Se trata de la conjugación, examinada al inicio del trabajo, del consenso y las contradicciones.

Convendría concluir reiterando que la escena norteamericana contiene en la contemporaneidad con acentuadas expresiones --especialmente durante el desarrollo de los procesos electorales y ante coyunturas de crisis, que en ocasiones coinciden--, contradicciones como las aludidas, apreciándose la recurrente identificación conceptual de las mismas como polarizaciones. Se le llama polarización a la confrontación personal, partidista e ideológica llevada a cabo en la disputada contienda presidencial de 2020, entre Trump, candidato republicano incumbente, y Biden, su rival demócrata, que resultó ganador en las urnas, en medio de escandalosos litigios y de un turbulento clima sociopolítico, que

hicieron de tales comicios un hecho histórico sin precedentes.

El partido Demócrata y el Republicano responden al gran capital norteamericano, lo cual les imprime una similar identidad clasista, si bien responden a fracciones diferenciadas, con intereses específicos, económicos y políticos, determinados además por sus orígenes históricos, rasgos culturales y asentamientos geográficos. De ahí que las diferencias partidistas, así como las ideológicas, plasmadas en la orientación liberal y conservadora que les acompañan, manifiestas con especificidades al interior de ambos partidos, son reducidas y más que contrapuestas, son contrastantes y complementarias.

El bipartidismo no le da cabida a un tercer partido. Por razones históricas, en los Estados Unidos la izquierda, en el sentido, por ejemplo, europeo o latinoamericano, con la que se asocia erróneamente, a menudo, a demócratas y liberales, ha quedado fuera del sistema partidista electoral y su resonancia en la sociedad civil ha encontrado fuertes límites. La izquierda norteamericana se expresa fundamentalmente en el movimiento social, a través de organizaciones, instituciones y esfuerzos intelectuales que han alcanzado plazas en la academia, la cultura y el arte, ha sobrevivido en medio de luchas históricas, en las que han enfrentado brutales represiones, como parte de la lógica del imperialismo, que ha hecho lo imposible por aplastarla o silenciarla desde el siglo XIX y muy notoriamente en el XX, en los años de 1950, bajo el macartismo, en los círculos sindicales y demás nichos de la sociedad civil. No se trata de que no exista, sólo que choca con una

sociedad fuertemente hegemonizada por los aparatos ideológicos y otros mecanismos de control y poder del Estado burgués, donde la ideología que se impone es la de las clases dominantes (Marx y Engels, 1966).

En la sociedad estadounidense se han acentuado las contradicciones, profundizándose lo iniciado veinte años atrás, según se registró con el prolongado e irregular proceso electoral del año 2000, al concluir el siglo XX, que elevó de manera notable la disensión, palpable en los contrapuntos provocados en la opinión pública y en los círculos intelectuales y políticos ante la figura presidencial. O como también se hizo patente, hace diez años, cuando a inicios de la década de 2010, la aparición del *Tea Party* y del movimiento *Ocuppy Wall Street*, protagonizan una marcada contradicción entre posturas opuestas y en direcciones divergentes (Semán, 2011). Los tres mandatarios que han ocupado la presidencia en el siglo XXI -- George W. Bush. Barack Obama y Donald Trump-- han sido ejes de tales divisiones.

Quizás en el marco que se defina en la sociedad norteamericana como unidad de contrarios, bajo el nuevo gobierno, luego del pasado 20 de enero de 2021, el presidente Biden avance en su promesa de “restaurar el alma de la nación, de reconstruir su espina dorsal” --más cerca o más lejos del legado de Obama, su antecesor por el mismo partido, redefinida con mayor o menor profundidad la tradición política liberal y neutralizado el acentuado clima ideológico conservador de los últimos años, que amplificó Trump--, y satisfaga determinados reclamos populares de los movimientos sociales, frente a las élites

de poder (Hernández Martínez, 2020c). Tiene ante sí muchos retos, relacionados con la secuela de la pandemia, aún en curso, la crisis económica, la situación social, incluida la inmigración. En ese escenario estará presente también la persistencia a nivel social de una tendencia como la promovida por Trump, dado el respaldo con que ha contado aún después de conocidos los resultados electorales de 2020, y de los indicios que revelan una presencia bastante definida de ideas, actitudes y conductas conservadoras y de extrema derecha. El asalto al Capitolio es un buen ejemplo de su alcance y potencialidad. La impugnación de que ha sido objeto Trump y la decisión de llevarlo a un juicio político, con independencia de ese proceso, no es sinónimo de fin del “trumpismo”. En cualquier caso, habrá que valorar el carácter y trascendencia de las contradicciones dialécticas en la esfera político-ideológica norteamericana, camino a los comicios de 2024.

BIBLIOGRAFÍA

- Cárdenas, E. (2011). “Polarización y conflicto social”, en *Revista de Economía Institucional*, Vol.13, No.24, enero-junio, Bogotá.
- Carrión, J.M. (2011), “Los Amos Del Mundo: Investigando la clase capitalista transnacional”, en *Revista de Ciencias Sociales*, No. 24, enero, UPR, Río Piedras.
- Domínguez López, E. (2019). “La polarización política durante la Administración Obama”, en *Universidad de La Habana*, No. 287.enero-junio, La Habana.
- Duclos, J., J. Esteban y D. Ray (2004), “Polarization: Concepts, measurement, estimation”, en *Econometrica*, No. 72, pp. 1737-17272.
- Esteban, J. y Debraj Ray (2011), “Linking Conflict to Inequality and Polarization”, *The American Economic Review*, Vol. 101, No. 4, June, 2011, pp. 1345-1374.
- Esteban, J. y G. Schneider (2008), “Polarization and Conflict: Theoretical and Empirical Issues: Introduction”, *Journal of Peace Research*, Vol. 45, No. 2, Special Issue on Polarization and Conflict, March, 2008, pp. 131-141.

- Gouldner, A. W. (1970), *The Coming Crisis in Western Sociology*, Basic Books Ltd., New York.
- Hernández Martínez, J. (2020). "Aproximación teórica a la diferenciación político-ideológica en los Estados Unidos", en *La Jiribilla*, Edición No. 875 (12 al 31 de agosto), <http://www.lajiribilla.cu/articulo/a-proximacion-teorica-a-la-diferenciacion-politico-ideologica-en-los-estados-unidos>
- Hernández Martínez, J. (2020a). "Estados Unidos más allá de 2020: tendencias, perspectivas y opciones", en *Anthropos*, No. 255, Madrid.
- Hernández Martínez, J. (2020b). "Consenso y contradicciones en Estados Unidos: una mirada dialéctica a la ideología y la política", en *Política Internacional*, No. 8, ISRI/MINREX. La Habana.
- Hernández Martínez, J. (2020c). "Paisaje después de la batalla: Estados Unidos y las elecciones de 2020", en *Nuestra América XXI. Desafíos y Alternativas*. No. 50. Grupo de Trabajo "Crisis y Economía Mundial", diciembre, Buenos Aires.
- Huntington, S. P. (1981). *American Politics. The Promise of Disharmony*, The Belknap Press of Harvard University, Cambridge.
- Marsal, J. F. (1977), *La crisis de la sociología norteamericana*, Ediciones Península, Barcelona.
- Marx, C. y Engels, F. (1966). *La ideología alemana*. Edición Revolucionaria, La Habana.
- Mills, C. W. (2010). *La imaginación sociológica*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Myrdal, G. (1972). *An American Dilemma*, Pantheon Books, New York.
- Parkin, F. (1978). *Orden político y desigualdades de clase. Estratificación social de las sociedades capitalista y comunista*, Editorial Debate, Madrid.
- Parkin, F. (1984). *Marxismo y teoría de clases. Una crítica burguesa*, Editorial Espasa-Calpe, Madrid.
- Poole, K.T. (2008). "Las raíces de la polarización política moderna en los Estados Unidos", en *Revista de Ciencia Política*, Vol. 2, No. 28, Santiago de Chile.
- Sautu, R. (2012). "Reproducción y cambio en la estructura de clase" en *Entramados y Perspectivas*, Revista de la Carrera de Sociología, N° 2 Año I, Vol 2, junio, UBA, Buenos Aires.
- Semán, E. (2011). "Occupy Wall Street: ¿la contracara del Tea Pary?" en *Nueva Sociedad*, No. 236, noviembre-diciembre, Buenos Aires.
- Vilas, C. (1995). "Actores, sujetos, movimiento: ¿Dónde quedaron las clases?", en *Acta Sociológica*, Año 10, No. 28, UAM-AZ, mayo-agosto, México.

Vilas, C. (1996). “Pobreza, opresión y explotación”, en revista *Temas*, No. 5, enero-marzo, La Habana.

Wright, E. O. (1983). *Clase, crisis y Estado*, Editorial Siglo XXI.

Wright, E. O. (1992). “Reflexionando, una vez más, sobre el concepto de estructura de clases”, en *Zona Abierta*, No. 59/60, Fundación Pablo Iglesias, Madrid.

